

843

B.

PQ 2199

38

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

PROLOGO

LA novelita que da su nombre á este volumen, al cual completan algunas otras de tono algo diferente, es la historia de un cuadro apócrifo. En ella se ponen en escena algunos representantes de ese mundo especial de aficionados, de mercaderes y de críticos de arte que va desarrollándose con la manía de los *bibelots* y de la colección, tan característica de nuestro tiempo. El *dilettantismo* y el sentido del buen arreglo, el gusto por el lindo decorado y la venta fructuosa encuentran aquí también cabida. La casualidad quiso que un episodio ruidoso, el de la compra por el museo de Berlín de un busto atribuido á Leonardo de Vinci y cuya autenticidad fué puesta en duda, ofreciese curiosa analogía con la historia de la *dama que ha perdido su pintor*. El autor tiene empeño en hacer observar que dicho episodio data de estos últimos meses, y que su obra fué compuesta hace ya varios años. Hasta se publicó en 1907, en una revista francesa y bajo otra distinta forma. La semejanza que pueda encontrarse entre esta ficción y la realidad, es puramente fortuita. Una aventura semejante ocurrió con *El Discipulo y La Etapa*, lo cual prueba que al esforzarse en estudiar la vida contemporánea cuidadosamente y dentro de sus causas, se tiene la suerte de adivinar los efectos que éstas han de producir. Esta confirmación de la hipó-

tesis por la realidad, llega á veces á ser trágica. Así ocurrió con *El Discípulo*. En la circunstancia actual la coincidencia no es más que divertida y el autor no la señala sino por escrúpulo de conciencia y para afirmar una vez más su horror á la literatura de clave, por muy inofensiva esta que sea.

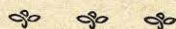
P. B.

7 abril de 1910.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA DAMA

QUE HA PERDIDO SU PINTOR



EL manuscrito que sigue me fué confiado por la persona á la cual había sido dirigido : « Hará usted con él lo que le parezca, » me dijo, « solamente le pido su palabra de que nunca procurará usted enterarse del nombre del autor ». La señora *** — ¡ Ya la iba á nombrar sin querer ! — tenía en sus ojos azules y en torno de sus labios sinuosos una expresión de malicia tan desconfiada que, faltando en el acto á mi promesa, pensé : « ¡ El autor es ella !... » y luego al leerlo me pareció que aquel gentil cerebro de mujer á la moda era demasiado ligero para haber podido almacenar tantos detalles técnicos acerca de la autenticidad de las obras de arte, la crítica moderna, Morelli, Vasari, Leonardo, los príncipes de la casa de Este, la nobleza italiana... ¿qué sé yo? De otra parte, estas páginas, están matizadas de un preciosismo sentimental que no suele darse en un pintor. Estos señores, de ordinario, piensan de un modo más conciso y neto. Dejo al lector, el cual no ha dado su palabra á la más coquetona de las devotas de Santa Clotilde, el cuidado de decidir si la mano que trazó las líneas del verdadero manuscrito — el que me ha sido remitido estaba brutalmente copiado á máquina, — si esa mano pertenecía á una bonita y fina parisiense de veintiséis años, ó á un retratista célebre, quincuagenario por su fe de bautismo y, como se verá, joven aún, de corazón y de ingenio. No son muy numerosos los artistas que corresponden á estas señas. He sido leal y no he hecho pregunta alguna, para excl-